

## BASTA YA.

Bombas, terremotos, lenguas de fuego, coladas volcánicas. Uno se imagina las bocas del infierno, azufres y gases pestilentes. Nada más lejos de la verdad en la comarca de la Garrotxa. Basta con dejar atrás el lago de Banyolas para ver su verdadera esencia: bosques, montes amables, otra sierra y, más arriba, el Pirineo.

Se preguntará el viajero dónde están los volcanes. Probablemente los tiene ante sus ojos. De momento que saboree la visión de estar en un monte húmedo, íntimo, donde es fácil imaginar leyendas de contrabandistas y carlistas, dragones, ondinas y diablos.

Y aún más cuando Besalú, ceñida por dos ríos aparece ante sus ojos. Su puente románico salva las aguas del Fluvía con sus siete ojos y su torre fortificada donde se cobraba el peaje. Al otro lado, callejuelas empedradas bordean el río. En ellas se esconde la escalinata que desciende hasta Miqvé, los baños judíos de purificación; la función era hebrea, pero la construcción es también románica, como la iglesia de Sant Vicenç y el monasterio de Sant Pere.



La carretera remonta el curso del Fluvia hasta toparse con una pared rocosa de cincuenta metros que no es otra cosa que un glaciar petrificado. La puerta de entrada del Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garroxa resulta contundente. Dos coladas de lava que bajaron por ríos distintos dejaron ahí un transatlántico varado. En su estrecha cubierta, rodeado por el

abismo, el pueblo de Castellfollit de la Roca. Su base muestra los desnudos estratos de las columnas basálticas.

El viajero también disfruta adivinando volcanes cuando se acerca a Olot. Solo necesita observar las colinas. En la mayoría de los casos acertará. La misma Olot cuenta con cuatro volcanes. Uno de ellos, el Montsacopa, con la ermita de Sant Francesc en el interior de su cráter y que ya forma parte de la trama urbana. Hace más de 11.000 años que los fuegos se durmieron, aunque sólo han pasado 500 desde el último terremoto devastador.

Se diría de Olot que es una ciudad atlántica por su verdor y su carácter reservado, que apuesta por sutilizas como el roscón de anís y la herencia de un "indiano" que le regaló el ensanche de su nombre construido a principios de siglo y que aun podemos admirar sus mansiones. Manuel Malagrida hizo fortuna vendiendo tabaco en Argentina, pero no olvidó sus raíces. También hizo donación de los carteles presentados a los concursos internacionales de sus Cigarrillos París y que hoy se exponen en el Museo Comarcal.

En el mismo museo se exhibe una colección de santos de yeso de la industria que hizo famosa a la ciudad y cuadros de la escuela pictórica de Olot. Sus mejores ejemplos, los hermanos Vayreda y Joseph Berga, buscaban los paisajes de sus contornos. Es fácil encontrar sus seguidores por los bucólicos humedales de robles, helechos y musgo que hay en entorno de la cercana Font Moixina o algo más allá, en la Fageda d'en Jordá.

Hayedos hay muchos, pero cuando en Catalunya se habla de la Fageda (hayedo), con mayúsculas, nadie puede referirse a otra que la de Jordá. Su belleza inspiró un poema a Joan Maragall:

"El caminante que ahí penetra se olvida del mundo, y no piensa en salir, o piensa en vano. Es prisionero del silencio y del verdor".

Los que no hayan quedado llenos, hambrientos de sensaciones, podrán acercarse al gigante de los volcanes ibéricos, el Croscat que presenta sus entrañas abiertas por las extacciones mineras sufridas hasta 1991 o, ascender a la cima del volcán de Santa Margarida.



Después, uno puede ya sentarse a la mesa para degustar la cocina volcánica, con las exclusivas alubias de Santa Pau y para una degestión tranquila, el pueblo ofrece murallas, castillo con iglesia y retablo gótico, que se abre en plaza porticada del Firal dels Bous.

Por la vida, ilis